

Que una persona sea desfasada o no depende de si su forma de ser responde al tiempo en que vive. No todos tuvieron el tiempo que merecían, y otros lo tuvieron, pero no acertaron a aprovecharlo. Algunos tuvieron virtudes que los hicieron dignos de mejor siglo, pero lo bueno no siempre triunfa. Los hombres y las cosas tienen determinado su instante feliz, y hasta a los más excelentes les está determinada su hora de uso. Pero el hombre que posee sabiduría, que es eterna, lleva una ventaja: sabe que si éste no es su momento, muchos otros lo serán.

Cuando el sabio señala la luna, el necio se fija en el dedo
(proverbio chino)

Mucho se ha escrito sobre la idea del progreso de la civilización, sobre la superación de una época para sumergirse en otra. Mientras unos defienden que la entrada a un tiempo nuevo, debe provenir de la evolución, un proceso acumulativo en el que cada generación edifica sobre los avances de sus predecesores, para otros, es algo discontinuo, irregular e intermitente. El impulso es siempre revolución. Las nuevas ideas parten de algunos «hombres de rara eminencia» que se cuestionan los paradigmas anteriores, logrando que se asienten los nuevos.

Es evidente que, para someter a debate el presente, debe tenerse en cuenta el pasado; «quien no conoce la historia está condenado a repetirla», dice el conocido epigrama de Santayana. Es cierto que el cambio es una puerta que se abre desde dentro, pero también lo es que el progreso necesita romper, liberarse de ataduras y dar saltos en el vacío.

Para Gracián «las cosas tienen su tiempo, incluso las eminencias dependen del gusto de la época», y lo recoge el maestro Ortega, con el conocido «Yo soy yo y mis circunstancias». Las ideas «revolucionarias» necesitan cierto caldo de cultivo para que cuajen. Decía Danton, sobre la revolución más importante de la Historia, que «estaba en las cabezas antes de comenzar en las calles», pero, sin embargo, la labor del sabio, del líder, es una chispa imprescindible, sin la cual jamás prende la mecha del cambio. En toda época la sociedad la acaban liderando aquellos que la transforman: en el arte, en la ciencia, en la política, en la filosofía, en la economía...

Ejercer el liderazgo, esa obligación de sacudir de las conciencias el polvo de las viejas ideas, es duro y difícil. La sociedad es siempre coyuntural, y al líder le cuesta extraordinariamente ser comprendido. Por ello, dice Gracián que «no todos tuvieron la época que merecían y muchos que la tuvieron no acertaron a disfrutarla». Es, por tanto, condición fundamental en todo líder la facultad de resiliencia, es decir, de asumir situaciones límite y sobreponerse al error. El error no es un fracaso en sí mismo, pues forma parte del camino de la acción y del desarrollo. Sólo hay fracaso cuando no se aprende nada del desacierto cometido; por eso se dice que el error es la única fuente segura de conocimiento, y que «el temor a errar es un error en sí mismo» (Hegel).

Suelo explicar a mis alumnos cómo, en el mito de la caverna, Platón describe al prisionero liberado ansioso por volver a ella y sacar del equívoco a sus antiguos compañeros ignorantes. Al entrar de nuevo, acostumbrados sus ojos a la luz del mundo exterior, tropieza continuamente y los cautivos lo consideran un loco y se niegan a escucharlo (una metáfora similar utiliza H. G. Wells en *El país de los ciegos*). Platón explica la complicada situación del sabio, blanco de la burla y el rechazo.

Que una persona sea desfasada...

Baltasar Gracián y Morales

El líder tiene que ser valiente, choca continuamente con la resistencia al cambio, con el confort de lo conocido y con el miedo, que atenaza y paraliza. No actuar, no arriesgar, no intentar, en el fondo, no es más que un miedo a la verdad.

La sociedad actual se encuentra inmersa en un proceso de vertiginosos cambios, siendo uno de los más relevantes el relacionado con el nuevo enfoque exigido a la actividad de las empresas, a las que se les demanda, además de tratar de maximizar el beneficio para sus accionistas, cumplir con ciertas obligaciones con su entorno.

Este nuevo paradigma, denominado responsabilidad social corporativa, se entiende como el compromiso asumido por las empresas de gestionar sus operaciones manteniendo un comportamiento ético y contribuyendo al desarrollo económico, integrando al mismo tiempo preocupaciones sociales y medioambientales, manteniendo una línea de actuación que promueva la transparencia, la acción social, la innovación, el respeto a los derechos humanos y la dignidad de la persona.

En este sentido, se puede afirmar que una empresa es socialmente responsable cuando cumple con las expectativas que de sus actuaciones esperan los diferentes grupos de interés: empleados, clientes, proveedores, accionistas, Administraciones públicas, ciudadanos y sociedad en general.

Sin embargo, y en paralelo a esta corriente que abandera el modelo de empresa como auténtico motor del cambio de nuestra civilización, atravesamos un período de significativa carencia de valores, que se ha convertido en una de las causas directas de la actual crisis económica que padecemos.

La crisis ha puesto de manifiesto la importancia del modelo de negocio y de la forma de gestionar las empresas. La quiebra del marco «cortoplacista» ha mostrado, con más intensidad que nunca, la relevancia de la ética en los negocios. Las transacciones económicas se basan en la confianza y lo sucedido ha supuesto una enorme pérdida de la misma. El miedo y la desconfianza se han apoderado de los ciudadanos, y la paralización consiguiente ha generado efectos perversos en la economía global.

Actualmente, los líderes de la comunidad, desde el punto de vista de su capacidad de influencia, son, en gran parte, empresarios o directivos de compañías y, por tanto, tenemos la responsabilidad de contribuir decididamente a este cambio de «época» que se está fraguando, para avanzar hacia una sociedad más justa, más igualitaria y más rica en valores.

Mario Alonso Ayala

EOI y presidente de Auren